Murillo y su animal seguían durmiendo: de repente el caballo hizo un movimiento; Murillo abrió los ojos, y vió pasar á su lado unas mujeres; eran mujeres de la tropa; alzó la cabeza, y ya cerca, muy cerca, entre una nube de polvo, se acercó la columna que había salido de Huetamo.

—¡Jesús! exclamó espantado: me he dormido como si no tuviera que hacer; si el general me viera, estaba yo perdido; pero este maldito caballo que se paró, tiene la culpa...

Unas alegres carcajadas le hicieron volver la cara, y al otro lado del camino vió un grupo de oficiales, entre los cuales estaba Carrillo, y los cuales reían alegremente.

—¿Han visto ustedes? dijo Murillo, mortificado de que le hubieran sorprendido en el camino.

—Sí que hemos visto, que hace como diez minutos que te estamos observando.

—Pues si como son ustedes ha sido el tío el que me encuentra, á estas horas voy preso entre la infantería; pero ahí viene, y me voy antes de que me vea.

Y diciendo esto salió al galope.

—¿Es Murillo ese que va ahí? dijo el jefe llegando pocos momentos después.

—No señor, es un explorador, contestaron gravemente los oficiales.

Y no se habló más del negocio.

III

La caridad de las selvas

Estamos en el rancho de Margarita, al pie de las torres de Cucha.

Jorge, restablecido, convaleciente ya, estaba sentado á la sombra de una ziranda. Meditaba tal vez en Alejandra, tal vez en Murillo, su hermano de armas.

El interior del rancho presentaba un aspecto triste y desgarrador.

Una mujer sentada en el suelo tenía en su regazo á un niño de dos años, que luchaba en la agonía con esas terribles calenturas de la tierra caliente, extraordinariamente pálido y flaco, con los ojos brillantes y fijos y una respiración desigual y jadeante; el niño lanzaba de cuando en cuando un débil gemido; la madre le miraba, le estrechaba contra su seno como queriendo darle la vida con su vida;

y las lágrimas de la pobre mujer caían como diamantes desprendidos de un collar sobre el rostro abrasado de la criatura.

A poca distancia, un hombre ya viejo, vestido de chaqueta y pantalón obscuro, estaba sentado en una silla, sombrío y silencioso, apoyando su rostro entre las manos, inmóvil como la estatua del dolor.

Una niña de cinco años, pobremente vestida, jugaba indiferentemente en el cuarto.

Aquellos cuatro seres constituían una familia de chinacos, es decir, de gente que no transigía con la intervención.

Era un pobre empleado, con su mujer y sus dos hijos, que huyendo de la intervención y en medio de la más espantosa miseria, había llegado hasta allí, buscando un refugio. El niño exhaló un gemido.

— Vázquez, dijo la pobre madre, nuestro hijo se muere.

El hombre se levantó penosamente, y se arrodilló al lado de su mujer: descubrió la cara del niño, y le miró con ansiedad.

La muerte se dibujaba ya sobre el rostro de aquel inocente: Vázquez le tomó una manita y la llevó á sus labios: el infeliz lloraba.

— ¡Hijo mío, hijito de mi alma, decía la madre llorando; mi vida, ángel mío, no te mueras; óyeme, mira, mira cómo lloro; no te mueras, amor mío, alza tu cabecita, mírame, óyeme!

Y le besaba, y alzaba su cabeza, y le movía: la pobre mujer, loca, delirando, quería espantar la muerte como espantaba el sueño de los ojos de su hijo, en otros días más tranquilos.

Pero aquel niño agonizaba, y la vida se desprendía por momentos.

De repente la niña que jugaba, lanzó un grito.

— ¡Jesús! dijo Margarita entrando á este tiempo: á esta niña la ha picado un alacrán.

Vázquez se levantó como impulsado por un resorte, y tomó entre sus brazos á su hija, pálida y convulsa.

La madre, llevando al niño moribundo entre sus brazos, llegó allí también.

— ¡Pronto, Margarita, pronto por Dios! decía la infeliz: ¿qué le haremos? Estos piquetes son de muerte, yo sé que los niños se mueren.

Margarita salió corriendo.

— Hijita, ¿qué sientes? decía Vázquez acariciándola. ¿Qué te duele?

— Papá, contestó la niña balbuciendo las palabras: se me duerme la lengua... tengo unos cabellos en la garganta... y me suben hormigas por el cuerpo...

— ¡Margarita, por Dios, mi hija se muere!..

— Aquí estoy, dijo Margarita entrando; que tome esto, es agua con álcali.

Vázquez llevó el vaso á los labios de la niña, que se

estremecía de repente como tocada por una máquina eléctrica.

—Toma, hija, toma, con esto sanarás.

La niña no contestaba. Vázquez quiso hacerle tomar la medicina; pero sus dientes estaban de tal manera unidos, que era imposible separarlos, y de su hermosa boca se desprendía una baba espesa, fría, glutinosa y transparente.

La madre sintió estremecerse entre sus brazos al niño á quien por un momento había olvidado; descubrió su rostro, y... había expirado.

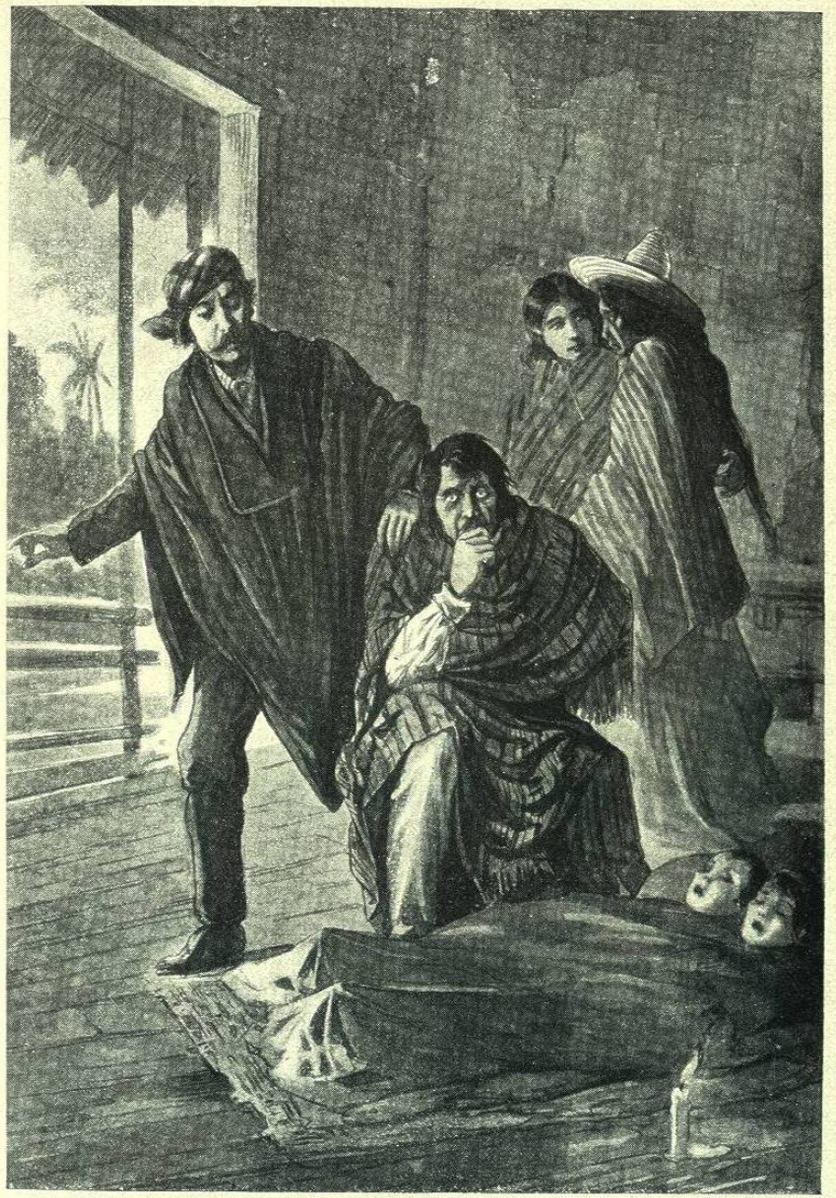
Aquella desgraciada lanzó un grito, miró á la niña que se retorcía entre los brazos de su padre, en espantosas convulsiones; y después de fijar en aquel cuerpo sus ojos desencajados, volvió en derredor el rostro casi sereno, y lanzó una estridente carcajada, cayendo sin conocimiento en los brazos de Margarita.

. . . . . .

Seis horas después, la niña moría víctima del veneno del alacrán, la madre estaba completamente loca, y el viejo infeliz lloraba sobre los cadáveres de sus dos hijos, alumbrados por un pequeño cabo de vela de cera.

¡Qué cuadro para los que apellidaban bandidos y sin corazón á aquellas pobres gentes!

¡Qué sacrificios más dolorosos y más santos para el altar de la patria!



Jorge se paró y le tocó el hombro. — ¡El enemigo! le dijo; vámonos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Eran las cuatro de la tarde. Jorge, silencioso, contemplaba el dolor mudo y sombrío del desgraciado Vázquez, que en un momento se había quedado solo en el mundo.

La pobre loca reía estúpidamente, y Margarita á su lado lloraba.

El llanto es la única limosna que pueden dar los pobres á los que son más desgraciados que ellos.

Se escucharon unos gritos, luego un tiro, y una mujer llegó casi ahogándose de fatiga al ranchito.

Margarita, que la vió venir, salió á su encuentro.

— ¿Qué hay? le preguntó.

— ¡Señora, los enemigos, los enemigos!

— ¿Pero por dónde?

— Aquí no más vienen subiendo: se han entretenido tomando unos caballos, y Carmen, el negro, les ha hecho fuego; vienen furiosos.

Entre los árboles se divisaban los uniformes azules de la caballería imperial.

— ¡El enemigo! gritó Margarita. ¡Jorge, Vázquez, el enemigo!

Vázquez, absorto en su dolor, nada escuchaba.

Jorge se paró y le tocó el hombro.

— ¡El enemigo! le dijo. Vámonos.

— ¿Y esto? contestó Vázquez, mostrando los cadáveres de sus hijos. ¿Y mi esposa? ¡Que me maten!... ¡soy tan desgraciado!

—¿Y usted cree que le abandonaré? Me quedo: que nos maten á los dos.

Vázquez le miró fijamente.

—Váyase usted, le dijo, déjeme: yo nada tengo que perder.

—No me iré, replicó Jorge sentándose á su lado, si usted no se va.

—¡Vamos pronto, que vienen cerca! gritó desde afuera Margarita; vamos: yo me llevo á esta señora.

—Pues vamos, dijo de repente Vázquez.

Y tomó en sus brazos el cadáver del niño. Jorge hizo lo mismo con el de la niña; y siguiendo á Margarita, que casi á fuerza se llevaba á la pobre madre, se perdieron en el bosque.

Pocos momentos después los alcanzó el negro Carmen: traía en un hombro una escopeta y en el otro un mosquetón y una cartuchera.

—Don Jorge, mire usted este mosquete y esta cartuchera: se lo quité á uno de esos que vienen: le dí un balazo, y el caballo vino á tirarle junto á mí. ¿Quiere usted armas? y vamos á ver si les hacemos algo.

—Mira cómo voy, contestó Jorge, mostrando el cadáver de la niña que llevaba.

—¡Alabo! y ¡qué malo está eso! ¡pobrecita!...

—¡Un alacrán!...

—Jorge, dijo Vázquez; llevaré á mi pobre hija también, para que pueda usted ir con Carmen.

—Eso no, replicó Margarita; llevaré la niña yo, que para algo he de servir.

Margarita recibió el cadáver, y Jorge tomó el mosquetón y la cartuchera.

En este momento una columna de humo se alzó sobre los árboles.

—¡Nos queman nuestra casa! exclamó tristemente Margarita.

—¡Infames! rugió Vázquez.

—¡Pronto, pronto, Carmen, vamos! gritó Jorge.

—Vamos, don Jorge: no más sígame usted, y yo le llevaré adonde podamos hacerles algo.

Los dos hombres se precipitaron en dirección del rancho.

Un cuarto de hora después se escuchó un tiroteo nutrido.

—¡Se baten! exclamó Vázquez.

—Que Dios los acompañe, dijo Margarita.

Y sus labios murmuraban una oración. La loca reía.